

Gaza abrazada en el tiempo

Yara Nasser
Tareq Al-Sourani

Traducción de Malika Embarek López

La presente edición es un proyecto editorial solidario. La traductora, Malika Embarek López, ha renunciado expresamente a sus honorarios como contribución a esta iniciativa. La editorial asume íntegramente los costes de producción y edición de la obra y se compromete a destinar a UNRWA (Agencia de Naciones Unidas para la población refugiada de Palestina en Oriente Próximo) la totalidad de los importes efectivamente percibidos por la venta de esta edición, como apoyo a su labor humanitaria en Gaza.

Primera edición, abril de 2026

© Nota al margen, S. L., 2026
Plaza de las Salesas, 7
28004 Madrid

Título original: *Gaza held in time: a tapestry of two lives*

© del texto, Daraja Press. Wakefield. Quebec. Canada, 2025
© de la edición, Nota al margen, 2026
© de la traducción de inglés, Malika Embarek López
© del diseño de cubierta y composición, Comba Studio
© de la ilustración, Daniel Moyano
© de la fotografía, Yara Nasser. 7 marzo de 2025

ISBN: 979-13-991617-4-8

Depósito legal: M-7936-2026

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Al pueblo de Gaza

«A veces escribimos para resistir
los intentos constantes de deshumanización.
Para insistir en nuestra humanidad.
Para afirmar que somos más que imágenes,
más que aquello a lo que nos han reducido
y con lo que nos han cercado».

Yara Nasser

Índice

<i>Preguntaremos: ¿Dónde estabais?</i>	13
Prólogo	17
I Nuestro mundo, casi	25
Gaza, otra historia	27
Y aun así, vivimos	33
El cielo siempre gritó muy fuerte	37
II El punto de ruptura	39
El día en el que todo cambió	41
En medio de todo esto	51
No me despedí	65
Primer paso en la diáspora	67
¿A qué se parecerá el mañana?	71
Fotografías de Yara Nasser & Tareq Al-Sourani	75
III Pensamientos	91
Apóyate en mí cuando te falten las fuerzas	93
La otra muerte	95
Solo se movía el humo	99
La adivina dice que la vida nos debe una disculpa	103

12	Un cementerio con cuerpos que se mueven	107
	Una trampa frágil	113
	La silenciosa rebelión de un sueño	119
	¿Por qué seguimos amando Gaza?	129
	El umbral	131
	La historia no ha acabado todavía	135
IV	Al lector	139
	Actualización	143
	Epílogo	149

Preguntaremos: ¿Dónde estabais?

El texto que sigue fue publicado el 17 de octubre de 2025 en el diario alemán *Süddeutsche Zeitung* a partir del manuscrito que Tareq Al-Sourani y Yara Nasser habían comenzado a escribir durante los primeros meses de guerra. Es el origen público de este proyecto editorial.

¿Cómo es ser adolescente en la guerra, entre bombas, huidas y exámenes finales? Yara, de dieciocho años, y Tareq, de diecisiete, escribieron durante dos años un diario sobre sus vidas y su supervivencia en la Franja de Gaza. Aquí cuentan lo que queda ahora que las armas callan.

Yara Nasser: «Un alto el fuego. Sé que deberíamos alegrarnos. Pero es difícil celebrar cuando la alegría y el duelo comparten el mismo rostro. Y aun así, algo dentro de mí se calma, como si volviera a respirar».

Tareq Al-Sourani: «Recuerdo bien el 15 de enero de 2025, el día en que se anunció el anterior alto el fuego, era mi decimoséptimo cumpleaños. Ese día estaba tan feliz que no podría haber imaginado un regalo mejor. Cuando dos meses después comenzaron de nuevo los bombardeos algo dentro de mí se rompió. Ahora soy más cauteloso con mis esperanzas».

Dos jóvenes de Gaza. Crecieron bajo el mismo cielo, recorrieron las mismas calles, escucharon los mismos pájaros y los mismos drones. Uno de ellos, Tareq, abandonó Gaza; tenía dinero suficiente para sobornar a la policía fronteriza de Egipto. Ahora vive en Amán, con sentimientos de culpa. La otra, Yara, se quedó atrás, en medio de la miseria, las bombas y el hambre.

Apenas se conocían. Pero fue entonces cuando comenzaron a intercambiar mensajes por Instagram y WhatsApp. Hablaban de nadar en el mar, de perderse en librerías, de la guerra, de la muerte, de Palestina y del mundo exterior. Nunca tuvieron la intención, dicen, de escribir juntos un artículo o un libro. Pero entonces llegó el 7 de octubre de 2023.

«Cuando todo a nuestro alrededor se derrumbó,
escribir se convirtió en la única forma de aferrarnos
a lo que aún permanecía».

La joven Yara y Tareq redactaron el manuscrito de un libro. Nadie se lo había pedido; las palabras les brotaban solas. No era un análisis político ni un tratado histórico, sino una conversación sobre la supervivencia y la culpa, sobre la esperanza y la memoria.

«Sobre la vida tal como la hemos vivido,
perdido y conservado en el recuerdo. Es un latido».

Partes del manuscrito llegaron en mayo al *Süddeutsche Zeitung*. El padre de Tareq, que trabaja en Gaza para una ONG, conocía al corresponsal del SZ en Oriente Próximo, Bernd Dörries, y le había hablado del proyecto de su hijo. Así surgió la idea de un artículo para el periódico: una mezcla de antiguas entradas de diario extraídas del manuscrito y textos nuevos escritos expresamente para SZ. El libro, *Gaza – Held in Time*, fue publicado en agosto por una pequeña

editorial canadiense. Hasta hoy, los reporteros extranjeros siguen sin poder entrar en Gaza. SZ realizó varias entrevistas con los autores por videollamada. Además, un equipo de grabación palestino por encargo del periódico visitó a Yara en Ciudad de Gaza, donde su familia había encontrado refugio con parientes.

Ese mismo mes, Israel ordenó la evacuación de Ciudad de Gaza, y la familia de Yara se vio obligada a huir de nuevo. Ella, alumna de último curso, estaba preparando sus exámenes finales —el Tawjihi, el bachillerato palestino—, durante la huida en medio de los bombardeos. Siempre en busca de electricidad y de una conexión a internet. En este momento, la familia —Yara, sus tres hermanos, los padres y su gato Freddie—, vive con otros parientes. Los doce se apiñan en un pequeño apartamento. ¿Queda espacio para los sueños? «Claro —escribe en un mensaje de WhatsApp—, los jóvenes de aquí estamos llenos de ambición; simplemente sobrevivir no basta».

Tareq tuvo más suerte, tras su huida, pagada con un soborno de 25 000 dólares, un internado en la capital jordana, Amán, le ofreció una beca, y ahora estudia allí. Su madre y sus hermanos viven en Canadá. El padre se quedó en Gaza. Antes quería estudiar informática, pero ahora se inclina más por la política o la economía. Quiere ayudar: «Para que todos los adolescentes de Gaza tengan un futuro. Para que Yara esté a salvo».

«Gaza no ha desaparecido —escriben los dos—, pero parte de nosotros sí. Esto es lo que queda».

Yara: «Aunque mis exámenes finales —Cálculo Diferencial el martes pasado, Cálculo Integral y Matrices el miércoles— coincidieron con el anuncio del alto el fuego, curiosamente no me sentí más estresada. No sé si se debe a que este año ya nos habían arrebatado una vez la alegría de una tregua.

»En cualquier caso, era necesario un alto el fuego sin condiciones. Dejad que la gente respire. Incluso cuando el jueves pasado estaba haciendo el examen de Física y todos a mi alrededor celebraban la noticia entusiasmados, con disparos de alegría, me sentía de todo menos eufórica. Quizá una parte de mi alma se sentía un poco aliviada. Quizá también me dolía el estómago.

»Nos han dejado dañados, inseguros, sin saber cómo reaccionar, incluso cuando se anuncia un alto el fuego. No me he atrevido a hablar de ello. Quizá ya conoce ese comportamiento absurdo, cuando la gente se niega a hablar de sus sueños por miedo a que se hagan realidad, como si fuera una pesadilla recurrente.

»¿Qué hacen las personas cuando por fin llega el gran alivio, pero miles de almas siguen reclamando el duelo? ¿Cuándo las mismas viejas luchas de siempre siguen presentes? ¿Son nuestras dudas, nuestra incertidumbre, realmente ceguera emocional o simplemente la consecuencia natural de un genocidio? Setecientos treinta y tres días devastadores, de destrucción indescriptible, y mis pensamientos regresan a aquellos que no pudieron vivir el final... a quienes fueron asesinados minutos antes del anuncio, a nuestros exhaustos periodistas, que ya ni siquiera pueden contarlos.

»Quizá lo más cruel de sobrevivir sea que rara vez es definitivo, y que cuando has aprendido que el peligro puede acechar siempre junto a una calma aparente, el corazón humano ya no puede desarmarse solo porque algunos cañones guarden silencio».

Prólogo

Somos dos jóvenes de Gaza. Hemos crecido bajo el mismo cielo, caminado por las mismas calles y escuchado los mismos sonidos de los pájaros y de los drones. La guerra cambió el camino de nuestras historias.

Uno de nosotros se fue de Gaza, con amargura, tras sufrir múltiples traslados y el trauma de abandonar el hogar hacia ninguna parte, rumbo a una diáspora forzada. Y la otra se quedó atrás, con los desafíos, la tristeza, la hambruna y el horror extremo.

Nunca tuvimos la intención de escribir un libro juntos. Pero cuando todo a nuestro alrededor se derrumbó, escribir se convirtió en la única forma de aferrarnos a lo que aún permanecía.

Nuestras voces cuentan una historia desde diferentes perspectivas, intentan reflejar, en la medida de lo posible, los sentimientos de la juventud gazatí. Nos hemos enfrentado a distintas experiencias; por ello, el libro está escrito a dos voces. Las hemos mantenido separadas a propósito, porque la guerra no nos ha tratado de igual modo, y Gaza no ha sido una sola historia.

Escribimos esto para que Gaza no se desvanezca entre los titulares de las noticias y las estadísticas, para que las vidas vividas y perdidas no se diluyan en el mutismo. Nuestras palabras

cambiarán de tono: más chillón, más suave, más lento. Ese cambio es la verdad. Deja que te conmuevan. Que te recuerden que Gaza no es un único relato. Jamás lo ha sido.

Este libro no es un análisis político ni un comentario histórico. Es una conversación sobre la supervivencia, la culpa, la esperanza y la memoria. Sobre la vida tal como la hemos vivido, perdido y conservado en el recuerdo. Es un latido.

La guerra no nos preguntó si estábamos listos para escribir. Nos entregó escombros y silencio, y nos dijo que les diéramos un sentido.

Gaza no ha desaparecido, pero parte de nosotros sí.

Esto es lo que queda.

En Gaza y más allá

La tarde del 7 de octubre de 2023, esperaba ansioso la barbacoa familiar que organizaríamos al día siguiente en la playa de Gaza, disfrutando del cálido sol de finales de otoño. Ir a nuestra maravillosa playa siempre era algo especial y, para mí, un momento de auténtica felicidad. Estaba cerca de Deir al-Balah, donde la arena era fina y dorada, y las olas bailaban suavemente a lo largo de la orilla. No era una playa con dunas ni acantilados, solo un litoral plano, sencillo, aunque lleno de vida. Las familias llevaban sus propias parrillas, los niños corrían persiguiéndose unos a otros cerca del agua y la brisa contenía el aroma del mar mezclado con el de las mazorcas de maíz a la brasa.

Pero a la mañana siguiente, nos despertaron unos ruidos extraños. La terrible realidad de la reanudación de los combates estaba de nuevo aquí. Mientras escuchaba a mis padres hablar de cancelar nuestros planes, yo llevaba la cuenta, tratando de sosegar mi respiración, preguntándome: «¿Cuándo terminará esto? ¿Tendremos alguna vez una temporada de paz?».

Era la séptima guerra de mi vida. Y, de algún modo, parecía peor que las demás. Enorme. Gaza se estremeció bajo un intenso fuego, y el cielo gritaba con más fuerza que nunca. Era ensordecedor, como si mil tormentas cayeran a la vez. Como si el fin del mundo hubiera llegado y lo viviéramos, minuto a minuto.

Muy pronto empezaron a caer octavillas del cielo, conminándonos a irnos. No solo de nuestra casa, sino de toda nuestra vida: de nuestros recuerdos, de nuestra calle, de mi dormitorio pintado con los sueños de convertirme en un experto en informática. Irnos de casa ese día fue como perderme a mí mismo. Y nos fuimos yendo, una y otra vez, hacia el sur; cada mudanza traía consigo más pérdidas, más miedo, más oscuridad.

He cocinado en hogueras en plena calle, he traído agua del mar, he cruzado fronteras temblando y he perdido a personas que quería mucho. Mi tía y sus hijos desaparecieron bajo los escombros. Mi padre no se vino con nosotros, se quedó atrapado tras una frontera cerrada, ayudando a otros, mientras nosotros huíamos a Egipto. Y aun así, cada noche, cuando cierro los ojos, estoy allí, de vuelta en Gaza, de pie entre humo y ruinas.

Ahora escribo desde afuera, desde un lugar donde la seguridad se percibe como algo extraño, donde la paz conlleva un peso de culpa. Escribo porque siento el silencio como una traición. Porque cada día sigo oyendo la llamada de Gaza, y debo responder.

Esta es mi voz, la de la supervivencia a través de la huida, la memoria y la esperanza de que, en algún lugar de estas páginas, el hogar que dejé siga viviendo para siempre.

Tareq

«Cuando matas a un hombre, robas una vida. Le robas a su esposa el derecho a un esposo, le robas a sus hijos un padre. Cuando mientes, le robas a alguien el derecho a la verdad. Cuando traicionas, robas el derecho a la justicia».

Khaled Hosseini, *Cometas en el viento*.

Cuando Tareq me contactó de nuevo para que continuáramos trabajando en este libro, me pidió que redactara una introducción que reflejara mi experiencia actual, ya que lo escribíamos por separado.

Yo estaba en medio de una ciudad bajo órdenes de evacuación. Las fuerzas de ocupación israelíes acababan de exigir el desplazamiento de miles de personas. Y yo estaba en medio, de nuevo.

Tareq me pidió que escribiera con emoción, como siempre. Dejé a un lado los deberes de Física y comencé a escribir lo que me rondaba por la cabeza. Todavía estaba confusa, pero segura de que si me hubiera pedido cien páginas, las habría escrito sin problema.

Él se había ido de Gaza. Yo no pude. Y el libro trata de eso: son dos versiones de supervivencia que intentan encontrarse en la misma página.

Ambos tenemos, como es natural, diferentes estilos de escritura. Ahí reside lo interesante: en el contraste. Me honra presentar mi contribución a este proyecto, con la esperanza de que ayude a establecer el tono intelectual y ético de lo que sigue.

Queremos ofrecer una visión completa de cómo es vivir, pensar y recordar estando bajo asedio.

Aun así, no describimos ni explicamos Gaza. Queremos evocarla tal como es, como la vivimos, como la sobrevivimos y como seguimos sobreviviéndola.

Lo que ocurre es que, cuando naces bajo un asedio, la escritura deja de ser metafórica. Se convierte en un espejo.

Escribes porque no te acuerdas de la primera vez que oíste el zumbido del dron; sí, lo habitual que se ha vuelto ese sonido.

Y aquí viene una de mis muchas preguntas: ¿Cómo haces el duelo por algo que aún existe? ¿Cómo lloras por un hogar que sigue siendo borrado, no de golpe, sino a pedacitos?

Recuerdo con claridad el día que leí *Cometas en el cielo*, de Khaled Hosseini. Sentada en la orilla del mar durante una salida con mi familia, acompañada por esa historia, no me pareció un universo ajeno. Leer sobre la guerra, los abusos y los daños no me resultó extraño, ya que nací en un país ocupado y presencié una guerra casi un año más tarde.

La novela exageraba el trauma generacional que siempre sentí, antes de poder nombrarlo. *Cometas en el cielo* es un relato de redención y deslealtad que todos deberíamos leer. Habla de los sacrificios de la guerra, la huida de Amir a Estados Unidos con su padre cuando el conflicto bélico llegó a Afganistán, algo que yo también hice. Hui de Ciudad de Gaza, en contra de mi voluntad, hacia la franja sur.

Apenas unos minutos nos separaron a mi familia y a mí de la muerte: la carretera supuestamente segura que conducía al sur fue bombardeada justo después de que la dejáramos atrás, matando a decenas de personas. Esa noche, me sentí invadida por la culpa. La misma que la del protagonista, Amir, por abandonar a Hassan, la misma angustia que me mantuvo insomne durante dos noches seguidas tras abandonar Ciudad de Gaza.

Me esforcé por encontrar una vía de redención: solo conseguí que mis esperanzas se vieran frustradas por la verdad, la verdad de que muchos otros morirían, y la culpa no dejaría de crecer.

Me costó aceptar la verdad en lugar de la justicia, mientras mi pueblo era masacrado sistemáticamente, pero al final comprendí que aquella no es menos importante que esta. Que puede brindar alivio, ofrecer una especie de paz. Conocer la verdad se volvió importante para mí, y estuve dispuesta a

renunciar al derecho a reclamar justicia a cambio de escuchar o conocer la verdad.

Sé que el final pudo tener diferentes interpretaciones según las personas que lo vivieron, y esa es la verdad: quiero saber cómo terminaron las cosas. ¿Cómo quedaron vidas sepultadas bajo los escombros sofocantes, impregnados de olor a humo y sangre? ¿Cómo se detuvieron las historias en mitad de una frase?

Espero que reconocer la importancia de la verdad dé lugar a una forma de esperanza, tanto para el futuro de los gazatíes como para la Gaza devastada por la guerra.

Por último, lo que deseo realmente es que esta época de Gaza sea más que unas pocas imágenes colgadas en alguna página web. Quiero que tú, lector, contribuyas a preservar la memoria de nuestro presente y nuestro pasado. Nadie quiere que su hogar se convierta en una imagen remota y oscura, vista por unos extraños en un siglo lejano.

Nos olvidamos de las personas. Pasadas tres generaciones, nadie será recordado. En cuanto nuestra memoria se extinga y nuestro nombre se vuelva borroso, a alguien le vendrá algún recuerdo vago, y luego nadie sabrá de nuestra existencia. Crea desasosiego pensar que nuestras vidas podrían reducirse a unas evocaciones imprecisas. A pesar de nuestro anhelo de vivir plenamente, debemos enfrentarnos a la realidad de que al final nos olvidarán. Vivimos con este principio, aunque pidamos ser vistos como algo más que cifras.

Nos olvidamos de las personas y de nuestra esencia. Nos olvidamos de los lugares y de los recuerdos que guardan. Esa es, quizá, la nostalgia que sentimos, no solo por Gaza, sino por la versión de nosotros mismos cuando vivíamos allí.

La nostalgia será el único hogar que tendremos.

Lector, cumplimenta en las redes sociales los datos de nuestro pasado y presente. Manténnos vivos.

Tal vez esto no sea una introducción, pero es la única manera que conozco de que Gaza siga viva. Porque quiero

que la memoria sea una de las cosas que perduren, ya que no puedo garantizar la mía, y porque esto no ha terminado. Sigo viviéndolo... y en este libro te ruego que tomes lo que he logrado conservar.

Yara

I

Nuestro mundo, casi

Gaza, otra historia

Desde siempre, Gaza ha sido estereotipada, incluso demonizada. Al ver Gaza en las noticias, sientes que es un campo de batalla. Una tierra de horror y miedo. En realidad, es cierto, he presenciado siete hostilidades en Gaza desde que nací, y me ha aterrorizado especialmente esta última y larga guerra. Contra todo pronóstico, seguimos vivos. Tal vez creas que conoces Gaza. Pero nuestro día a día fue muy diferente de lo que se ve en las noticias. Los recuerdos de Gaza cada vez pesan más. Jamás imaginé que perderíamos la belleza, la sencillez y la espontaneidad de la gente. Que desaparecerían. No podía seguir escribiendo sin exponer la verdadera Gaza, la Gaza en la que crecí, la que llevaré conmigo a donde quiera que vaya.

Solía acompañar a mi padre, sonsacándole, con mi curiosidad, cosas sobre Gaza. ¿Sabías que Napoleón se alojó en Gaza? Me lo contó una vez, mientras admiraba la belleza del Palacio Al-Basha, un edificio imponente con varios cientos de años de antigüedad. Se erguía allí, evocando la profunda historia de Gaza.

No te puedes perder la Gran Mezquita Al-Omari en el casco antiguo. Siempre me fascina su arquitectura. La mezquita también cuenta la historia de las diferentes civilizaciones que atravesaron Gaza durante miles de años.

La diminuta Franja, junto al Mediterráneo, es bastante similar en extensión a la zona urbana de Montreal, Canadá.

Pequeña, sí. Pero soporta el peso de un mundo. Superpoblada, con más de dos millones de habitantes, muchísima gente cordial que convive como una gran familia. Dos tercios de la población de Gaza son refugiados, alojados en ocho campamentos distribuidos por toda la Franja. Es una gran fuente de belleza; esas personas fueron desplazadas de las aldeas de la Palestina histórica después de la Nakba de 1948, trayendo consigo una cultura e historia ricas y armoniosas.

Ciudad de Gaza es solo el núcleo central, y la magia está ahí, desde Beit Hanun, en el extremo norte, hasta Rafah, en el extremo sur. Beit Hanun es conocida por sus cítricos. Junto con su zona rural más cercana, Beit Lahia, se sitúa entre las tierras más fértiles. Beit Lahia fue antaño célebre por sus fresas —lo que le valió el apodo de «fresa de Gaza»— que se exportaban a varios países. Luego está Jabalia, un campo de refugiados famoso y densamente poblado, un lugar lleno de vida y amabilidad. Ciudad de Gaza se asienta en el centro como un corazón, con la ciudad vieja, algunos barrios y el campamento de la Playa, donde, a pesar de los setenta y siete años transcurridos desde la Nakba, la gente de allí, como todos los refugiados, no ha establecido realmente sus vidas; aún abrigan el sueño de regresar a sus pueblos de origen.

Si seguimos hacia el sur, el campamento de Nuseirat es muy popular por sus mercados llenos de vida, una combinación única de tiendas tradicionales y modernas. Bureij y Maghazi son más tranquilos y pequeños, con familias que han vivido allí durante generaciones, muchas de ellas procedentes de aldeas también desaparecidas en 1948. Deir al-Balah, llamada así por sus palmeras datileras, es una ciudad pacífica cerca del mar, que se caracteriza por la calidez de su gente.

Jan Yunis es una ciudad animada y ruidosa, con familias muy asentadas y dotada de un gran zoco. Alberga el campo de refugiados del mismo nombre, uno de los más extensos. Y, por último, Rafah, justo en la frontera con Egipto. Nuestra puerta de acceso al mundo. Rafah nos daba la sensación de

espera, de que algo estaba a punto de suceder. Antaño albergó el único aeropuerto de Gaza. Y ahora, es la última salida al mundo exterior.

Cada zona tiene su gente, aromas, sonidos y recuerdos propios.

Crecí en Ciudad de Gaza, en Rimal. Era uno de los barrios más acogedores y céntricos. Calles limpias, cafés concurridos, grandes supermercados, varias panaderías y hermosos árboles. Era un lugar donde los dueños de las tiendas te recibían con cordialidad y te hacían sentir como parte de una gran familia.

Mi lugar favorito sigue siendo la hermosa playa de Gaza. No era perfecta, pero lo era todo para nosotros; se extendía a lo largo del extremo oeste, siempre a la espera, siempre en movimiento. Algunos días era tranquila, otros días, bulliciosa. No necesitábamos urbanizaciones de lujo ni arena limpia para amarla; la amábamos porque era nuestra.

El agua a veces no está clara, especialmente cerca de la ciudad, aunque si nos alejamos lo suficiente de las multitudes, hacia las playas del sur, cerca de Deir al-Balah y Al-Zawayda, la sensación es diferente: la arena es más fina, el agua más limpia. Para nosotros, tenía más encanto y atractivo que las Maldivas.

Y, luego, el puerto cerca de Ciudad de Gaza. Ese lugar, construido con los escombros de guerras anteriores, mostraba un alma diferente. Pescadores recogiendo sus redes al amanecer. Barquitas alineadas, niños vendiendo té y café en recipientes diminutos, anunciando a gritos su mercancía. Carros ofreciendo maíz asado, ya sea en tazas, desgranado y aliñado con sal y limón, o entero en mazorcas, algo quemadas por los bordes. Y críos ruidosos jugaban mientras sonaba la música. Era hermoso, lleno de vida. Bastaba con sentarse y observar.

Había cafés junto al mar, un lugar llamado «Al-Kornesh». No eran como los de Europa. Tenían sillas de plástico y madera hechas a mano, altavoces antiguos que reproducían viejas canciones árabes y el sonido de las olas a solo unos metros

de distancia. Podías sentarte allí durante horas con un amigo, con un libro o con tus pensamientos.

Y además de la playa, había muchas otras pequeñas cosas que nunca pensamos que perderíamos.

Estaba Abu Al-Soud, donde conseguíamos los mejores dulces: *knafeh* calientes, bañados en sirope azucarado, o *qatayef* recién hechos en ramadán, de la tienda de Modokh. En general, en Abu Al-Soud siempre había una larga cola, sobre todo en días festivos.

Había librerías escondidas en medio de calles muy concurridas, donde aún se podían encontrar novelas, poemarios antiguos y material escolar de segunda mano. Mis lugares favoritos eran las bibliotecas Samir Mansour y Al-Nasr, silenciosas y apacibles, que ofrecían una grata tregua al tumulto del mundo exterior.

Luego estaba el mercado principal de Ciudad de Gaza, el zoco Al-Zawiya. Ruidoso, colorido, lleno de aromas, voces y gente gritando sus precios en los puestos de tomates, aceitunas y hierbabuena fresca. No solo íbamos a comprar, también nos encontrábamos con conocidos, parábamos a tomar un zumo o discutíamos sobre qué tienda ofrecía los mejores precios.

En las mezquitas también había una atmósfera especial. Como la de Al-Sayed Hashem, el abuelo del profeta Mahoma, enterrado en la ciudad. El nombre de Gaza se atribuye a Hashem cuando clavó su bastón en la tierra, un gesto denominado «ghazza» en árabe; por eso se llama así. Los pasillos y paredes de esta mezquita parecían albergar siglos de historias. Los niños jugaban en el patio. Los turistas solían visitarla. La mezquita Al-Hasayna era mi favorita, ya que estaba ubicada justo al lado del puerto, donde realizaba las oraciones de *tarawih* durante el ramadán y el Eid al-Fitr.

Cómo olvidar el aroma de los faláfel recién hechos por Zahran un viernes por la mañana, el pollo asado con arroz de Mahran o el legendario *shawarma* de Al-Fahd. No eran solo comidas. Formaban parte de lo que éramos.

Estaba la panadería donde solíamos comprar, reputada por su pan y sus *kaak*. Pasábamos por allí por la mañana, y el simple aroma nos detenía. O la panadería Al-Yazji, donde hacían unos sándwiches de queso suave que yo llamaba «tamis» desde niño. Era mi capricho, un sándwich rápido cada vez que pasaba por allí.

Había grandes supermercados como Metro y Care4, adonde íbamos, además de para hacer la compra, para sentirnos un poco más normales. Para deambular por los pasillos, bromear con algún amigo y tomarnos un helado a la salida. La calle Rimal era uno de mis lugares favoritos para pasear. Encontrabas de todo: tiendas, sucursales bancarias, farmacias, puestos de falafel y luces que se quedaban encendidas incluso cuando se iba la electricidad en todas partes.

Y en el centro del zoco Al-Zawiya, entre el caos y la vida, se alzaba la estatua del fénix. Allí, como un símbolo silencioso y, de alguna manera, parecía estar en el lugar que le correspondía. Como la propia Gaza: siempre ardiendo, siempre resurgiendo de las cenizas.

Gaza tenía belleza en las pequeñas cosas.

La vida no era fácil. Pero era una vida plena. La gente creaba algo de la nada, cada día. Esa es la Gaza que quiero mostrarte.

La Gaza que no conoces es real. Y merece ser recordada de esa manera.

Tareq